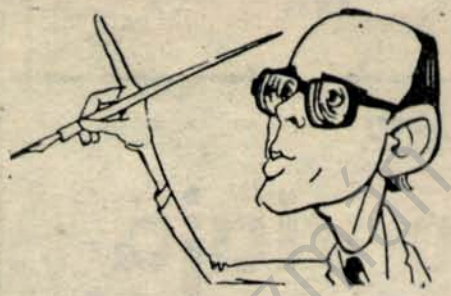
Hoy escribe JAIME GUZMAN

Algunas experiencias de un debate



CON motivo de celebrarse hoy el Día de la Juventud, el Frente Juvenil de Unidad Nacional realizó durante esta semana unas jornadas de análisis, a las que fui invitado a participar, junto a Fernando Léniz, Edgardo Boeninger, Juan de Dios Vial Larraín, Mónica Jiménez y Andrés Chadwick.

El tema "Hacia una sociedad progresista y solidaria" apuntaba a la inquietud de conjugar ambos conceptos.

Mi primera conclusión de dichas jornadas es que, en nuestra actual realidad, un debate pluralista resulta tanto más posible y constructivo, cuanto más se levante al nivel de ideas de valor general, y menos se circunscriba a una mera discusión político contingente.

No se trata de que el debate político contingente sea ilegítimo o improcedente, en cuanto se ajuste a la legalidad que nos rige. Lo que ocurre es que después de un quiebre tan hondo de nuestra convivencia nacional como el que culminara en 1973, pienso que la única forma de crear instancias eficaces de debate directo e intercambio vivo de opiniones es situándolas más bien por ahora en el nivel conceptual o ideológico, ya que lo contingente carga con excesiva pasión acumulada.

En el campo de las ideas, las posturas ofrecen mayores matices y menos "alineamientos" rígidos, predisponiendo así a que en el auditorio prevalezca el juicio razonado por sobre el prejuicio emocional.

Por otra lado, comprobé que la calidad y eficacia de un debate político está en directa relación con la existencia de una base ética de acuerdo mínimo entre los participantes. La prescindencia de elementos totalitarios —sean marxistas o fascistas— no sólo fluye como sano límite establecido por la Constitución vigente sino además se confirma en la evidencia de que nada cabe obtener de intercambiar ideas con quienes, como los marxistas doctrinarios, consideran moralmente legítimo mentir si así les conviene, y dicen sin escrúpulo sólo aquello que en cada ocasión más favorezca sus propósitos.

FINALMENTE, deseo destacar el valor de que un grupo juvenil independiente del gobierno, pero que lo apoya y comparte sus orientaciones fundamentales, haya puesto en el tapete la necesidad de combinar el progreso y la solidaridad hacia el futuro de Chile.

Comparto su inquietud ante la amenaza de que gérmenes incipientes de nuevos antivalores materialistas, detectables en ciertos sectores juveniles, pudieran generalizarse si no se contrarrestan adecuadamente.

Y coincido asimismo con el Frente Juvenil en que esos antivalores no son fruto del esquema económico-social vigente, cuya eficacia para generar simultáneamente progreso económico y justicia social se ha demostrado. Lo que sucede es que incluso esa conjunción de progreso y justicia no basta para lograr el *desarrollo integral* que Chile requiere. A ello hay que agregar una *escala de valores morales* que le brinde sentido espiritual al progreso, colocándolo al servicio de cada ser humano.

ES allí donde valores como el aprecio a las personas por sus méritos y cualidades, y no por su dinero, es decir, por lo que **son** y **no** por lo que **tienen**, resaltan en toda su importancia. Lo mismo ocurre con la austeridad y sencillez, por contraste con el derroche o la frivolidad de aparentar. O con la generosidad hacia el prójimo y el espíritu de servicio público, frente a la tentación de encerrarse egoístamente en lo propio.

Los sistemas políticos o económicos tienen herramientas para incentivar esos valores. Pero **ningún sistema** podrá suplir la indispensable tarea **formativa** que la familia, los educadores, los medios de comunicación, la Iglesia —y también un Estado subsidiario— deben asumir para afianzar valores que son inherentes a nuestro ser nacional y, por ende, bases de una futura convivencia social sólida y estable.

"Ningún sistema político o económico suple la indispensable tarea formativa de una escala de valores morales, que dé sentido espiritual al progreso"...

La Seg. 10-VII-87